

# Yerovi, una Tradición y una Incógnita

por Sebastián Salazar Bondy Feb 15 - 1958

Un día como hoy de 1917 murió asesinado en la puerta de esta casa de LA PRENSA uno de los escritores y periodistas limeños cuya pluma respondera mejor a la tradición festiva de la literatura local: Leonidas Yerovi. Poeta de desigual inspiración —escribió aires ligeros, intrascendentes, pero también supo lograr la auténtica calidad lírica—, comediógrafo de eficaz agudeza, cronista muchas veces brillante, su nombre ocupó durante muchos años la admiración de un público que seguía con el mismo interés sus creaciones y fantasías como su vida bohemia que al fin rindió una trágica muerte. El, como otros de su generación, simboliza algo y posee un puesto en el proceso de nuestras letras. Ante todo, la facilidad, el ágil ingenio del limeño, su rápida imaginación, su presteza repentinista, ese talento espontáneo y natural que ya Concolorcorvo señalaba como característico de nuestra gente, se dieron en Yerovi como en pocos. Al mismo tiempo, fue él expresión cabal de la prodigalidad con que generalmente aquí esa riqueza se derrocha y malgasta.

La idea del intelectual bohemio no es muy antigua: proviene de los románticos postremos, de los simbolistas, y han sido modelos de ella los que desde Baudelaire a Verlaine, como reacción contra las costumbres fatigosas de la burguesía, intentaron equiparar y hacer unitarias la actividad artística y la existencia desordenada. Aquella fue una ola. El concepto de vivir rompiendo las normas es-

tablecidas, combatiendo las convenciones sociales, sedujo a todos los poetas, y será difícil encontrar una parcela de la literatura de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX que no cuente con la presencia de algunos escritores que convirtieron el ejemplo de los "maudits" franceses en una norma invariable para su conducta. Yerovi fue entre nosotros el intelectual bohemio por excelencia, el hombre que malversó su capacidad creadora en el ara de una acción vital "epátante", es decir, que horrorizara a los satisfechos "petit bourgeois" de la Lima aldeana, aquellos que se complacían en escuchar las melodías de Offenbach en la pianola, se daban su remojón en la "soga" de Chorillos y encargaban sus trajes a las "Galeries Bon Marché" de París...

Hubo, por eso, algo valiente en la rebeldía de Yerovi. Su obra no tuvo, es verdad, trascendencia universal y se quedó en los términos de una frecuentemente brillante improvisación, pero cualquiera que espigue en las páginas que hoy es posible consultar descubrirá datos sobre la incógnita que había en el talento de este gracioso versificador. Luis Fabio Xammar supo indicar los valores humanos que latían en las páginas de Yerovi, pero hasta ahora nadie ha dicho cuántos elementos de pura extracción popular, provenientes del folclore limeño, había en las décimas, los romances, las letrillas, etc., yerovianas, ya que era su autor una personalidad típicamente lo-

cal, apegada a usos y hábitos peculiares de esta tierra. Su teatro, que obtuviera éxitos resonantes en Buenos Aires —en esa época un importante centro teatral— es prácticamente desconocido. La Escuela Nacional de Arte Escénico reestrenó hace algunos años su juguete "La de a mil" y en él se pudo apreciar que el dominio de la técnica cómica no le era ajeno. Falta también trazar la vinculación que hay entre Yerovi y los letrilleros coloniales, y aun Cabieses, padre éste de la corriente festiva de la literatura nacional.

Tal vez la labor investigadora en torno a Yerovi como sucede con tantos otros escritores del pasado literario peruano, se haya estancado debido a la falta de ediciones actuales de sus obras. No hay nada más difícil para un estudiante o un lector común en el Perú que leer a los autores de ayer, pues carecemos de textos de fácil acceso. De ahí que el empeño que actualmente ponen los deudos de Leonidas Yerovi en que, con ayuda oficial, se impriman las obras de este representativo caso de las letras de Lima sea digno de atención. En tanto eso se hace, y con eso se consigue situar a Yerovi en su justo término, valga esta fecha para recordarlo en las columnas del diario donde él cotidianamente comentó casos y sucesos ciudadanos, pleno de intención y desenvoltura, y ante cuya puerta murió abaleado cuando aún podía esperarse de él algo realmente singular.